

en las cimas de dos colinas, detras del rio, y que parecian dos colosos de granito ennegrecido por el tiempo: uno está habitado por maronitas que se consagran á la instruccion de los jóvenes árabes destinados al sacerdocio: el otro estaba desierto, y habia pertenecido en otro tiempo á la congregacion de los lazaristas del Líbano;—a la sazón servia de asilo y de refugio á dos jóvenes jesuitas enviados allí por su órden, á solicitud del obispo maronita para dar reglamentos y modelos á los maestros árabes: allí viven en una completa soledad, en la pobreza y en la práctica de una santidad ejemplar. (Mas adelante los he conocido). El uno está aprendiendo el árabe y procura inútilmente convertir á algunos drusos de las aldeas vecinas; es un hombre de mucho talento y saber; el otro se ocupa en la medicina, y recorre el pais, distribuyendo medicamentos gratuitos: ambos son queridos y respetados por los drusos y aún por los metualis; pero no pueden esperar ningun fruto de su residencia en Siria. El clero maronita es muy adicto á la iglesia romana; sin embargo, este clero tiene sus tradiciones, su independencia, su disciplina propia, que no dejaria invadir por el espíritu de los jesuitas; él es la verdadera autoridad espiritual, el gobernador de las almas en todo el Líbano; pronto tendria rivales en corporaciones europeas, activas y militantes, y esta rivalidad le inquietaria con razon.

Despues de haber descansado media hora en aquel sitio encantado, volvimos a montar a caballo y empezamos a subir la escarpada cuesta que se alzaba delante de nosotros. El sendero era cada vez mas áspero a medida que se elevaba sobre la última cordillera del Líbano, que nos separaba de las costas de Siria; pero conforme íbamos subiendo, el aspecto del inmenso valle que dejábamos a nuestra derecha, iba siendo mas imponente y grandioso.

El rio que habíamos dejado en el sitio donde habíamos hecho alto, serpenteaba en medio de aquella llanura ligeramente ondulada con numerosos collados y á veces se estendia en grandes charcas de agua azul y brillante como los lagos de Suiza. Las colinas negras, coronadas en sus cimas de grupos de pinos, interrumpian á cada paso su corriente y la dividian á nuestros ojos en mil luminosos ramales. De escalon en escalon, frecuentes cerros, que arrancaban del llano, se alzaban, se acumulaban, se apoyaban unos sobre otros, todos cubiertos de brezos en flor, y salpicados de trecho en trecho, de copudos árboles que proyectaban anchas sombras sobre sus laderas. Grandes bosques de cedros y abetos descendian mas arriba de las altas cumbres, é iban á morir en especillos y claros al rededor de las numerosas aldeas drusas, cuyas azoteas, cuyos galcones y ventanas en arco diagonal, veíamos alzarse entre la verdura de los pinos. Los habitan-

tes, cubiertos de su airosa capa de escarlata y la frente ceñida con su turbante de anchos pliegues rojos, subían á sus azoteas para vernos pasar, y daban nuevo realce con el brillo de sus vestidos y la magestad de sus actitudes al efecto grandioso, singular, pintoresco del pais. En todas partes manaban hermosas fuentes turcas a la entrada ó á la salida de aquellas aldeas; las casadas y las doncellas que iban á buscar agua en sus largas y angostas cántaras, estaban agrupadas al rededor de los pilones y separaban una punta de sus velos para entrevernos. La poblacion nos ha parecido soberbia; hombres, mugeres, niños, todos tienen el color de la fuerza y de la salud. Las mugeres son hermosísimas; todas las fisonomías llevan estampado el sello de la altivez y de la nobleza sin expresion de ferocidad.

En todas partes nos saludaban con bondad y cortesía: en todos aquellos pueblos nos ofrecieron la hospitalidad: no la aceptamos en ninguna parte y continuamos subiendo, por espacio de tres horas, escarpadas pendientes entre bosques de abetos. Llegamos por fin á la última cresta blanca y pelada de las montañas, y el inmenso horizonte de la costa de Siria se desarrolló de repente ante nuestros ojos, presentándonos un aspecto del todo distinto del que veíamos hacia muchos dias: aquel era el horizonte de Nápoles visto desde la cumbre

del Vesubio ó desde las alturas de Castellamare. El inmenso mar estaba á nuestros piés, sin límites ó solo con algunas nubes aglomeradas en la estremidad de sus olas: bajo aquellas nubes hubiera podido creerse que se veía una tierra, la tierra de Chipre, que está á treinta leguas mas adentro, el monte Carmelo á la izquierda, y á una distancia á que apénas alcanzaba la vista, á la derecha, la interminable sucesion de las costas de Berut, de Trípoli, de Siria, de Latakíé, de Alejandreta; en fin, confusamente, y bajo las doradas brumas de la tarde, algunas resplandecientes agujas del monte Tauro; pero podia ser ilusion, porque la distancia es enorme. Inmediatamente bajo nuestros piés empezaba la bajada; primero entre las rocas y los brezos secos de la cumbre en que estábamos colocados, luego, cada vez ménos áspera, desarrollándose de cima en cima entre pedregosos collados y verdes copas sombrías de pinos, cedros, robles y algarrobos; luego, por declives mas suaves, entre la verdura mas pálida y amarilla de los plátanos y de los sicomoros: luego seguían en fin colinas grises cubiertas de olivos: todo iba á rematar y morir en la estrecha llanura que separa al Líbano del mar. Allí, en los cabos, se veían antiguas torres morunas que guardan la ribera; en el fondo, golfos, ciudades ó pueblecillos con sus tapias brillantes bajo los rayos del sol, sus enseadas

abiertas entre la arena, y sus barcas atracadas en la playa, ó saliendo de los puertos ó entrando en ellos á toda vela. Saide y Berut sobre todo, rodeadas de sus ricas llanuras de olivos, de limoneros, de moreras, con sus minaretes, sus cimborios de las mezquitas, sus castillos y sus murallas almenadas, salian de aquel oceano de colores y líneas, y fijaban las miradas en dos puntos avanzados en las olas. Mas allá de la llanura de Berut, el gran Líbano, interrumpido por el curso del rio, empezaba de nuevo á elevarse, primero amarillo y dorado como las columnas de Pesto; luego gris, sombrío, mate; luego verde y negro en la region de las selvas; luego en fin alzando sus agujas de nieve que parecian fundirse en la transparencia del cielo y donde los blancos rayos de la luz dormian en una eterna serenidad, sobre capas de eterna blancura. No tienen un horizonte semejante Nápoles ni Sorrento, Roma ni Albano.

Despues de haber bajado cosa de dos horas, hallamos un kam aislado bajo magníficos plátanos á la vera de una fuente. Es preciso describir de una vez para siempre lo que se llama un kan en la Siria y en general en todos los paises de Oriente:— Es una cabaña cuyas tápias son de piedras mal unidas entre sí, sin argamasa, y que dan paso al viento ó á la lluvia; estas piedras están generalmente ennegrecidas por el humo del fogon que filtra

continuamente por sus rendrijas. Las paredes tienen de siete á ocho piés de altura, y están cubiertas de algunas piezas de madera sin labrar, con la corteza y las principales ramas del árbol: el techo está formado con fagotes secos y retamas; el piso no está empedrado, y segun la estacion, es una capa de polvo ó de barro. Uno ó dos postes sirven de sosten al techo de enramada, y de ellos se cuelgan la capa ó las armas del viagero. En un rincon hay un pequeño fogon levantado sobre algunas piedras en bruto; en él arde continuamente una lumbrada de carbon, y hay una ó dos cafeteras de cobre, siempre lleno del café espeso y farinaceo, refresco habitual y única necesidad de los turcos y de los árabes. Generalmente hay dos piezas semejantes á la que acabo de describir. Uno ó dos árabes están autorizados, en virtud de un censo que pagan al bajá, á hacer los honores de esa hospitalidad y á vender café y las tortas de harina de cebada á las caravanas. Cuando el viagero llega á la puerta de estos kanes, se apea del camello ó del caballo, hace bajar las esteras y las alfombras de Damasco que han de servirle de cama; se estienden en un rincon de la estancia, se sienta sobre ellas, pide café, hace encender su pipa, ó su narguilé, y espera á que sus esclavos hayan cogido un poco de madera seca para prepararle su comida, que consiste comunmente en dos ó tres tortas apénas cocidas, sobre un guijarro puesto á la lumbre,

y en algunos pedazos de carnero picado que se cuecen en una olla de cobre con arroz. Las mas de las veces no se halla ni arroz ni carnero en el kan, y hay que contentarse con tortas y escelente agua muy fresca, que nunca falta en las cercanías de los kanes.

Los criados, los esclavos, los mukres (conductores de los camellos) y los caballos se quedan á cielo raso al rededor del kan. Generalmente hay en las inmediaciones algun árbol famoso y secular que sirve de léjos de punto de reconocimiento á la caravana; casi siempre es una inmensa higuera-sicomoro, árbol que nunca he visto en Europa; es tan grande como los mas gruesos robles y vive mas todavía; su tronco suele tener hasta treinta ó cuarenta piés de circuito, y á veces mucho mas: sus ramas, que empiezan á abrirse á quince ó veinte piés del suelo, se estienden horizontalmente, primero á una distancia inmensa, luego las ramas superiores se van agrupando en conos cada vez ménos anchos, y presentan de léjos la forma de nuestras hayas. La sombra de estos árboles, que la Providencia parece haber puesto en estos sitios de trecho en trecho como nubes hospitalarias sobre el suelo abrasador del desierto, se estiende a una gran distancia del tronco, y no es raro ver hasta sesenta camellos y caballos y otros tantos árabes acampados durante el ardor del dia bajo el abrigo de uno solo de esos árboles; pero en esto, como en

todo, se ve con dolor esa habitual desidia de los orientales y de su gobierno. Estos plátanos, que deberian conservarse con particular cuidado, como posadas naturales, para las necesidades de las caravanas, están abandonados a la estúpida improvisación de los que se guarecen bajo su sombra; los árabes encienden la lumbre al pié del sicomoro, y la mayor parte de estos hermosos árboles tienen el tronco todo ennegrecido y tajado por la llama de las hogueras. Nuestra pequeña caravana se estableció debajo de uno de aquellos magestuosos sicomoros, y pasamos la noche embozados en nuestras capas y tendidos sobre una estera en un rincón del kan.

4 de Octubre, 1832.

Salimos esta mañana del kan, y al cabo de algunas horas de camino por las rápidas pendientes del Líbano, llegamos a las graciosas aldeas que se hallan a mitad de la cuesta. Allí desaparece toda la aspereza de las montañas, y se anda por espacio de dos horas, en medio de los collados mas risueños y mejor cultivados que es posible imaginar. Este pais se parece a la Toscana: pequeñas tápias sostienen por todas partes azoteas de tierra, donde las vides y los árboles se entrelazan cubriendo de sombra, sin impedirles florecer cosechas de to-